



670548

Entre el Ver y el Pensar, De Jorge Elliott

Por Enrique Lafourcade

Publicado por Fondo de Cultura Económica, en 1976, llega a Chile cuando ya su autor no existe. Un trabajo importante que ocupó a Elliott sus últimos años, investigando esa zona de enlace que vincula a los pictogramas con las formas escritas, con el lenguaje.

En nuestro dividido territorio intelectual, Jorge Elliott fue un hombre de muchos y variados esplendores. Traductor, antólogo, ensayista, director de teatro, notable maestro, crítico literario, crítico plástico, y sobre todo, pintor. Elliott llenó su existencia de intereses. De pronto estaba en Londres investigando poesía isabelina, o dictando clases en la Universidad de California en Los Angeles. O en su amado y natal Valparaíso, discutiendo sobre el destino poético de Hispanoamérica con Nicanor Parra y Gonzalo Rojas. Era hombre de pasiones. Tras sus lentes ópticos unos ojos que parecían tragar el mundo, pasando del éxtasis a la furia. Entusiasmaba a la gente joven, y no perdió nunca la comunicación con las nuevas generaciones. Del norte, surgió su pintura. Cuadros nocturnos, desoladas extensiones, entre verdores y fosforescencias. Muchos pintores, escultores, músicos, poetas, escritores, le debieron en su oportunidad una sagaz crítica, un buen consejo, un justo reproche.

Hoy, este libro cuyo título parece retratar a su autor, nos lo revive. Entre el ver y el pensar, así anduvo por la tierra en trabajos y días. Por la tarea que cumplió y que sigue haciéndose en sus estudiantes, discípulos y amigos inoculados por el verbo y la praxis de Elliott, este excepcional humanista nos acompaña creadoramente.

La obra que comentamos, lo reconoce el propio autor, es un análisis de ciertas "manifestaciones artísticas y culturales del Nuevo Mundo —especialmente mexicanas— en los logros culturales y artísticos del hombre en general".

Elliott toma partido de inmediato por los "invencionistas", ese grupo de antropólogos, arqueólogos, historiadores, etnógrafos y estetas que sostienen la autonomía de las civilizaciones precolombinas "sin influencia externa". Se opone, en consecuencia, a los "difusionistas" que defienden un desarrollo estimulado por el Viejo Mundo europeo y otros viejos mundos asiáticos.

"Las más importantes formulaciones culturales de las Américas ocurrieron después de haberse cortado el puente geológico entre Siberia y Alaska. De ahí en adelante es posible asegurar que hubo difusión cultural de un continente a otro, pues el maíz llegó de México al Perú. Pero no es posible, por ejemplo, demostrar de un modo irrefutable que las pirámides de Teotihuacán son de origen egipcio. Menos podría sustentarse que las escrituras del Nuevo Mundo tienen su origen en China o en Medio Oriente".

¿Cómo llegaron aztecas, mayas, chibchas, incas, a soluciones estéticas que recuerdan a culturas más viejas? ¿Por qué una máscara funeraria de oro, de la cultura chimú, evoca a otra, de un faraón de las primeras dinastías? ¿Separadas por siglos? ¿Por enormes espacios? Comparando dibujos y ornamentos en paredes de cavernas, en templos y adoratorios, en cerámicas y joyas, se advierten coincidencias, el jadeante paso de la abstracción a la representación objetiva.

La mente humana "es y ha sido siempre una en cuanto a sus características y capacidades", dice Elliott. Y de este supuesto pre-supuesto un régimen de coincidencias que podría explicar estos misterios. Es lo que se conoce como la escuela "Poligénica" o "Elementargedanke".

Los estudiantes matriculados en esta escuela tendrían ciertas opciones si los procesos culturales se hubiesen desarrollado y extendido en forma sincrónica, dentro de unidades de tiempos comunes. Sabemos que no es tal. Las culturas precolombinas son terriblemente jóvenes. Hay lapsos de mil, dos mil, cinco mil y más años que las separan del esplendor de otras culturas asiáticas y mesopotámicas. De allí que la defensa de la "poligénesis" tenga varias dificultades.

Habría, tal vez, que postular una lenta penetración de las viejas culturas sobre las nuevas. ¿Cómo se efectuó? Poco sabemos sobre la naturaleza de la tierra en edades remotas. ¿Había más agua que tierra comunicando a las civilizaciones? ¿O más tierra que agua, comunicándolas? ¿Existieron pueblos navegantes anteriores a vikingos y fenicios, con mejores elementos de navegación? Al parecer los polinesios se desplazaban por todo el gigantesco Océano Pacífico desde tiempos sin memoria (immemoriales).

Resulta curioso ver cómo las culturas precolombinas no llegaron a conocer el "arco", en arquitectura. Es verdad que tampoco lo tuvieron los griegos. Pero cuando mayas, aztecas e incas están en sus esplendores, ya el imperio romano es un recuerdo borroso. En tantos siglos, ¿cómo no pudo entrar el "arco" en la notable arquitectura religiosa precolombina? Otro misterio: la rueda. Se descubrieron ruedas en México —desde luego el calendario azteca— y otras, en tumbas, que eran utilizadas como objetos ceremoniales. ¿Es que estas culturas no pudieron ver las aplicaciones prácticas del "arco" y "la rueda"?

El libro de Elliott es toda una incitación a pensar. El lenguaje de una cultura no sólo está constituido por petroglifos, jeroglíficos, pictogramas y abecedarios. El lenguaje de la tribu es la tribu entera.

EL MERCURIO. S.ta 13-VIII-1978. P. E-2.

Entre el ver y el pensar, de Jorge Elliott [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Entre el ver y el pensar, de Jorge Elliott [artículo] Enrique Lafourcade.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile